



KAMAPURA Y SATYAM

Por Ada Albrecht

Keru, el *Pandit*, era realmente un sabio. El mundo y sus innumerables ciencias era bien conocido por él. Era capaz de leer como en un libro abierto las leyes que conformaban al vasto Universo. Erudito de gran renombre, viajaba por los reinos de India, a los que generosamente inundaba con la luz de su intelecto. Al parecer había llegado a los límites del conocimiento.

Desdichadamente para él, su hijo primogénito estaba desposeído de todo interés por la infinita erudición de su padre; se llamaba Satyam.

—Mi padre contempla la Vida por la estrecha ventana del conocimiento intelectual. El pequeño paisaje que se puede avizorar a través de ella no puede otorgarnos sabiduría espiritual alguna. La llama de la luz mental es llama pequeña, y carente del brillo de la Infinita Luz. ¿Cómo mi padre no se da cuenta de ello? Se cuentan por millares los hombres que con la innata curiosidad propia del ser humano han querido abrir el libro de

la naturaleza para descubrir el significado de sus vastos misterios, y no lo han conseguido. ¿Cómo puede saber el hombre si no se sabe Ser? El hombre suele indagar en todo lo que simplemente es una apariencia del Absoluto. No, yo no quiero tomar el camino de mi padre, ni quiero asomarme a la Vida por la ventana del conocimiento de la mente.

Satyam contemplaba la Presencia de Dios en todas las cosas. Así como su amado padre anhelaba descubrir, con la ayuda de las leyes científicas, el camino hacia la verdad, Satyam veía en todo lo que le circundaba, la Belleza del Señor. Una hoja seca, una lejana estrella, un ave, todos eran manifestaciones del Señor. Para él, Dios era Belleza, y había que cantarle más allá del pensamiento, con todo el corazón.

Cierta vez, en que se hallaba junto a sus compañeros de estudio a los pies de un maravilloso árbol bayán, atinó a pasar por allí el Sabio Kamapura, quien se puso a hablar a los jóvenes. Al escucharlo disertar sobre la belleza de Dios, Satyam conoció el éxtasis.

Kamapura enseñaba sobre otra clase de belleza que se encontraba más allá de las formas. Kamapura hablaba de la belleza del Amor, de su Reino Divino, hablaba del Amor que perdona, que comprende, que entrega, que no avasalla al ser amado, que siempre otorga. Hablaba de la belleza de la extra-

ña flor que nace en el jardín de las virtudes, hablaba del loto divino del inegoísmo, hablaba de la sagrada azucena de la compasión.

Y Satyam escuchaba con el alma arrobada, porque sabía que todo cuanto Kamapura estaba diciendo pertenecía al Reino de Dios. La belleza de la cual Kamapura estaba hablando era la belleza que poseía el manto de la Divinidad, manto con el cual Ella cubría el cuerpo de su hijo el mundo. La Belleza era hija de Su Ciencia, y esta Ciencia nada tenía que ver con la que investigaba su padre Keru. Esta última, estudiaba al mundo con la curiosidad, hija de la mente, que cree poder omniabarcar todas las claves con las que Dios direcciona Su Universo. Pero nunca podrá hacerlo, porque cuando la mente se fuga de la mística, lleva en sí misma la destrucción de su poder.

Y desde aquel momento, Satyam pasó a ser discípulo de Kamapura. Postró todo su ser ante su *Guru*, lo sirvió con devoción y aprendió todo cuanto le enseñaba. De la mano de su Maestro penetró en el bosque encantado de la Belleza de Dios. Descubrió que la fealdad no existía sino para los ojos ciegos, descubrió que todo en el mundo carecía de mezquindad, y que aún la misma ciencia de su padre Keru era bella, puesto que la curiosidad del saber era don sagrado que tarde

o temprano la sumergiría en el vastísimo océano de la perfección. Lo Bello y lo Perfecto son uno en el Universo. El Hombre lo descubre cuando, despojado de su ego crítico e inmisericorde, logra ver a través de su corazón enamorado del Cielo, lo que éste tiene para dar a toda criatura que Despierta. Por el despertar de su conciencia celeste, Satyam se desterró para siempre del reino de los opuestos; ahora habitaba sólo en el Reino del Ser, que era el Reino de Dios, donde sólo existía el Amor sin el odio, el Bien sin el mal, la perfección del alba sin las sombras del ocaso.

Y Satyam, se dedicó a cantar por los caminos la buena nueva de su recién descubierta Bienaventuranza. Cantó a la Belleza de Dios, y la vio en todo lo creado. Pero siguiendo las enseñanzas de Kamapura, fue aún más allá, y encontró la Suprema Belleza en la Gran Realidad de la Conciencia Despierta. Su conciencia celeste, erudita en alquimia, había logrado apartar de su mente la idea del mal.

“Todo es para bien”, decía Satyam, abrazado a su *Parabrahman*, en el recinto divino de su corazón, abrazado a Dios Perfecto, que había generado el mundo sin que en él existiera ninguna otra mácula para el hombre, que la de su incapacidad de percibir lo bello en todo lo creado.

Y así, Satyam, de la mano de su Maestro Kamapura poco a poco fue descubriendo a su Señor en todas las cosas, en el corazón de todos los seres, hasta que, finalmente, su propio corazón ingresó para siempre en el Sagrado Reino del Corazón de Dios.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
